

Tomar el hospital para servir al pueblo

Fitzhugh Mullan

En julio de 1970, la llegada del Colectivo al Hospital Lincoln para iniciar su trabajo no fue el comienzo de la actividad política allí. Una cantidad significativa de desosiego, disenso y enojo había surgido en y alrededor del Hospital en los dos o tres años previos. Además, la agitación no fue resultado del trabajo de un solo grupo, sino erupciones espontáneas de varios distintos sectores, que no estaban interrelacionados. Las demandas militantes por el cambio en el Lincoln precedieron por varios años a la entrada del Colectivo.

En julio de 1969, una camarilla de trabajadores enardecidos del programa de Salud Mental Comunitaria en el Lincoln se apoderó del servicio y demandó la salida de sus líderes -dos psiquiatras- y una serie de reformas para hacer el programa más justificable en la comunidad. El resultado inmediato de este alzamiento fue la detención de 22 personas y el despido de 67 más. Eventualmente, la mayoría de éstas fueron restituidas y despedidos los dos psiquiatras en cuestión. El resultado más importante de esta “Huelga de Salud Mental” no fue el cambio en el departamento, sino la agrupación de un número de personas que resultaron cruciales en los eventos subsecuentes en el Lincoln. La mayoría de estos individuos eran jóvenes, negros o puertorriqueños, trabajadores del área de salud mental comunitaria, con visiones y quejas diversas. Después del resultado disparejo de la huelga empezaron a trabajar de modo cercano con el Partido de las Panteras Negras y la Organización *Young Lords*.

Este es el capítulo 7 del libro *White coat, Clenched Fist* (Bata blanca, puño en alto) de Fitzhugh Mullan, University of Michigan Press.

Se reproduce con autorización
e-correo: fmullan@projecthope.org

Esta experiencia desarrolló tanto su disciplina interna, como la amplitud con la que definían el problema. Esto es, veían al Hospital Lincoln no como un hospital mal manejado, sino como parte de una lucha más grande por la salud, una expresión del modo en que los burócratas blancos acomodados habían trabajado con los puertorriqueños y con los negros. Cada vez más, se hablaba de control comunitario y de trabajadores en el Lincoln, así como del liderazgo del Tercer Mundo en acciones en salud.

Una segunda insurrección, sin relación con la primera, se llevó a cabo en el mismo Hospital en abril de 1970. En ese momento, el puesto de administrador estaba vacante, una posición que había estado ocupada tradicionalmente por un profesional blanco nombrado por el comisionado de hospitales. Un grupo de la comunidad decidió retar esa tradición, su candidato era el Dr. Antero Lacot, un ginecólogo puertorriqueño con maestría en salud pública y experiencia en la dirección de un centro comunitario de atención materna. El comisionado de hospitales se negó a apoyarlo y quienes en la comunidad apoyaban a Lacot empezaron a organizar diversas acciones. Frente a la prensa comenzaron un plantón en la entrada del Hospital para mostrar su determinación de que el Dr. Lacot ocupara el puesto, 22 manifestantes fueron arrestados y conducidos en camionetas policíacas. De manera significativa, el grupo que apoyaba a Lacot no tenía vínculos con las Panteras ni con los *Lords*, se trataba de representantes de fuerzas completamente distintas a las de la huelga del área de salud mental. La mayoría eran miembros de organizaciones comunitarias de puertorriqueños o grupos políticos que

existían alrededor de Ramón Vélez, un jefe político local con considerable poder, que esperaba extender su influencia dentro del Hospital con un director elegido por él. Sin embargo, los manifestantes tenían verdaderas quejas en contra del Lincoln, con suficiente peso como para estar dispuestos a ser arrestados por ellas, y así fue: el alcalde no aceptó la decisión del comisionado y el Lincoln tuvo a su primer administrador puertorriqueño.

Durante este mismo periodo, en 1970, había mucho movimiento a favor del establecimiento de una Junta Comunitaria en el Lincoln. El Departamento de Hospitales reconoció el desasosiego en este Hospital del sur del Bronx, cada vez más politizado. Por un lado, por astucia, por otro, por miedo, el Departamento nombró a su propia Junta Consultiva Comunitaria para el Lincoln. El Comisionado de Hospitales eligió a los miembros y casi sin excepción seleccionó a individuos representantes de intereses establecidos en el sur del Bronx: facciones políticas o de negocios, iglesias, programas contra la pobreza y demás. Pocos o ninguno de éstos recibía atención en el Lincoln, en cambio, los trabajadores del Hospital no tenían representantes. Además, la junta no tenía responsabilidades reales en el manejo de la institución, ya que las finanzas, la contratación, la política médica, la planeación y las quejas permanecieron en las manos tradicionales, su dinámica no fue afectada por la existencia de la junta comunitaria, adicionalmente, sus reuniones eran esporádicas y poco atendidas. Por tanto, en lugar de establecer vinculación legítima entre la comunidad y las fuerzas en poder del Hospital, la junta servía para avalar las políticas del Hospital y aislar al Departamento de Hospitales y al Colegio de Medicina “Einstein” de las crecientes demandas que se empezaban a formar en varios sectores de la comunidad.

Tanto al principio, como después, la Junta Consultiva Comunitaria erró de muchas

maneras. Un activista crítico que hacía “demasiado poco y demasiado pronto”, queriendo decir que una junta más legítima pudo haber sido instaurada, de haberse permitido el desarrollo de demandas de base para una junta comunitaria. Sin embargo, a principios de 1970, la formación de la junta fue otra prueba de que el poder central reconocía que la comunidad era poco dócil y que no aceptaría una atención médica en descomposición en la década siguiente, como lo habían hecho en la pasada.

Cuando el Colectivo llegó para iniciar su trabajo en el Lincoln, la presión comunitaria en el Hospital estaba creciendo. En junio, un mes antes del arribo del Colectivo, un grupo autonombrado “Piensa Lincoln” inició acciones concentradas en el Hospital. Se reunieron con el recientemente nombrado Dr. Lacot para informarle de su iniciativa para establecer mesas de quejas para pacientes en el vestíbulo del Hospital y sin esperar respuesta empezaron su labor. El estilo del grupo era la acción directa. Estaba compuesto por algunos participantes en la huelga de salud mental y activistas, negros y puertorriqueños, de la comunidad del sur del Bronx. Su misión era la reforma del Hospital, no a partir de su petición a las autoridades establecidas -incluida la Junta Consultiva Comunitaria- sino por exhortación directa a los pacientes y a la comunidad. Las mesas de quejas eran una manera de estimular la participación y la concientización en el Hospital.

Establecieron sus mesas en el centro de la sala de emergencias y ambulancias, donde era más probable que los pacientes llegaran, fueron decoradas de manera llamativa y con letreros en inglés y español, había alguien atendiendo 18 al día, resultaban obvias para cualquiera que entrara en el Hospital: trabajadores y pacientes. También colocaron panfletos y trípticos donde discutían los derechos de los pacientes, supuestos abusos por parte del Hospital y el control comunitario. Sus coloridos letreros

invitaban a la queja y les recordaba a los pacientes que el Hospital era SUYO.

De modo predecible, las acciones del “Piensa Lincoln” fueron una fuente inmediata de tensión en el Hospital, muchos doctores vieron a las mesas como actos de insolencia e ingratitud. Por otro lado, estas acciones les causaron miedo, ya que estaban acostumbrados a no tener retroalimentación por parte de los pacientes. Entre los trabajadores se suscitaron una serie de opiniones diversas: algunos se entusiasmaron y otros reaccionaron de manera defensiva. En cambio, para la mayoría de los pacientes las mesas tuvieron poco significado, pero para unos cuantos cambiaron el rol del Hospital en sus vidas. Las mesas fueron para todos los pacientes una señal de que alguien se trataba de ocupar de los problemas en el Lincoln, además, las quejas fueron manejadas de manera eficiente y directa, en caso de ser considerada razonable un miembro del grupo “Piensa Lincoln” acompañaba al paciente a la clínica o piso correspondiente para discutir el problema con el miembro del equipo de trabajadores apropiado. En la mayoría de los casos, el efecto era el de la rectificación o explicación del problema pero, en ocasiones, las cosas no marchaban tan suavemente. Una tarde un grupo de pacientes se quejó de la espera de tres o cuatro horas en la Clínica de Exámenes para Adultos, la importante “Sección K”, resultó que había sólo un doctor asignado y se encontraba comiendo relajadamente. Un grupo de cuatro representantes del “Piensa Lincoln” fue al comedor de doctores (los doctores aún tenían un comedor propio) y demandaron en voz alta médicos voluntarios para la clínica. Algunos doctores respondieron violentamente y se inició confrontación física que tuvo que ser finalizada por el equipo de seguridad del Hospital.

En general, la campaña del “Piensa Lincoln” no perturbaba la vida del Hospital. A pesar de que algunos doctores vieron su propio trabajo cuestionado, podían vivir con las mesas. Otros, veían la campaña en perspectiva y concluyeron

que cualquier acción que se centrara en las faltas del Hospital beneficiaría la atención médica a largo plazo. Estos trabajadores se mostraron amigables y a favor del esfuerzo del grupo “Piensa Lincoln”.

La acción del “Piensa Lincoln” avergonzó a la Junta Consultiva Comunitaria. No se podían manifestar en contra de la demanda de articulación y remedio de las quejas de los pacientes. Incluso el fondo de control comunitario que permeaba la campaña estaba dentro de las líneas de la retórica vaga de la Junta, pero, de manera general, les disgustaba el estilo y las acciones del grupo. Además, las mesas de quejas opacaban completamente su propio comité. Por otro lado, las encontraron amenazantes y radicales, por su alianza con el sistema establecido: el resultado fue la parálisis. Aunque hubiera sido demasiado comprometedor condenar esta acción no tuvieron la iniciativa de soportarla, así que el resultado fue el silencio oficial.

La misma situación política atrapó al recién nombrado administrador, debido a que era un supuesto campeón de los derechos comunitarios, no podía condenar las acciones o llamar a la policía del Hospital para terminarla, sin perder su credibilidad. Por otro lado, la presión por parte de la alcaldía y del colegio para terminar las acciones “disruptivas” era considerable. Así, pues, él también esquivo, permitió la continuación de la campaña de las mesas de quejas.

El Colectivo llegó el primero de julio de 1970 a empezar a trabajar, justo en medio de las acciones del “Piensa Lincoln”, era más de lo que esperábamos. En parte veníamos al Lincoln con la esperanza de unir fuerzas para cambiar y mejorar al Hospital y la comunidad, al parecer, había empezado la movilización. Habían articulado sus críticas y estaban haciendo algo al respecto, además, era obvio que necesitaban aliados dentro del Hospital para legitimar sus demandas y ayudar a mantener su esfuerzo. Así

que había claramente un papel preparado para el Colectivo. Sin embargo, en otros aspectos el tiempo de la campaña no era apropiado ya que el mes de julio es un mes difícil y hasta peligroso debido a que se depende de interinos y residentes para la atención porque es tradicionalmente el mes del cambio de personal. En este mes es común haber sido ascendido a un nuevo nivel de responsabilidad y se es algo lento y falto de experiencia en la nueva tarea. Más allá de eso, en julio de 1970 la mayoría del Departamento de Pediatría en el Lincoln era nuevo en el Hospital y, más o menos, nuevo en el grupo. Apenas arrancábamos médica y políticamente cuando se nos pidió tomar decisiones difíciles acerca del tiempo y los recursos. De modo claro y entusiasta apoyamos al “Piensa Lincoln” y la propuesta de las mesas de quejas. Sin embargo, no puedo más que concluir que nuestros esfuerzos hubieran sido mejor coordinados y mucho mejor recibidos por el resto de equipo del Hospital de habérsenos permitido establecer médicamente y desarrollar nuestra propia disciplina colectiva antes de ser evaluados políticamente.

Pero los hechos fueron demasiado rápidos. Marty y yo estábamos de guardia la noche del 13 de julio, muy temprano en la mañana del 14 (después bromeamos por ser el día de la Toma de la Bastilla) despertamos súbitamente a causa de los golpes en la puerta del cubículo que compartíamos con las enfermeras, apenas había luz. Marty preguntó: “¿Quién?” y al no haber respuesta, nos dispusimos a dormir de nuevo. A las siete empezó a sonar el teléfono para despertar a Marty, que tenía que sustituir al pediatra en turno en emergencias. Escuché a Marty: “¿Hemos sido liberados?” “¿De qué hablas?”, colgó y fue a la ventana, “Fitz, ven a ver esto”, me levanté como pude y fui. La rampa para ambulancias estaba atascada de patrullas, camionetas y otros vehículos de la policía llenaban la calle y policías con cascos antimotines rodeaban al Hospital. Schipior, de emergencias, me dijo que habíamos sido liberados por los *Young Lords*. Pensé que

bromeaba, pero algo estaba pasando, no había venido la policía a las siete de la mañana para que sus miembros fueran examinados médicamente.

En una acción dramática -para algunos melodramática- el movimiento de los *Young Lords*, junto con el “Piensa Lincoln”, había ocupado la enfermería. Cerca de treinta personas habían ocupado puestos en la planta baja del edificio levantado barricadas en todas las puertas, salvo en una entrada, sellado las ventanas y anunciado que “conducirían un Hospital para servir al pueblo”. Los golpes en nuestra puerta habían sido el esfuerzo poco inspirado de un equipo comisionado para notificar a los doctores de la ocupación del edificio. Marty y yo nos vestimos y bajamos rápidamente. La planta baja estaba ocupada y se sentía un ambiente de mercado callejero. Barricadas de sillas y mesas en cada ventana, el auditorio convertido en centro de cuidados infantiles y una enfermería para la detección de TB, anemia e intoxicación por plomo; había también un área de prensa, puestos de control de seguridad, sesiones de estrategia, mariscales con brazaletes y demás. Los doctores iban y venían. Los *Lords* anunciaron que el Hospital estaba abierto para todos los empleados y motivó a las secretarías a regresar a sus oficinas. La mayoría se mantuvo alejada, mientras la policía se acumulaba afuera sin saber qué hacer.

El Colectivo apoyó la toma del Hospital. Los *Lords* no solicitaron apoyo formal ya que hubiera puesto en juego el secreto de su acción planeada. Sin embargo, contaban con una buena cantidad de simpatizantes entre los trabajadores del Hospital, que los apoyaron. El Colectivo nunca se reunió para discutir la toma, no hubo tiempo, pero los miembros visitaban con frecuencia el área tomada, ayudaron al equipo del centro de cuidados infantiles y los otros programas y declararon ante la prensa que los médicos apoyaban a los *Lords*. Yo, por ejemplo, no me pude mantener alejado. De

repente, se respiraba en la Sala de Enfermeras el aire de una zona liberada. La prensa escuchaba, la ciudad atenta, los *Lords* se habían alzado y contaban las historias de las mujeres y los niños que esperaban una eternidad en la clínica, los de ancianos que morían en la unidad de cuidados cardíacos, la humillación de la sala de emergencias, los expedientes, el dolor, la degradación. Se sentía bien, se sentía apropiado, se sentía justo, era la razón de nuestro de estar. La vida en el Hospital continuó sin más. Ambos lados comprendieron el simbolismo de la toma. Para los *Lords* y la gente que los apoyaba la toma significaba una confrontación al gobierno de la ciudad en contra de la mala e insensible atención que brindaban. Además, demandaban no nada más la provisión de atención médica sino la iniciación de programas comunitarios para eliminar enfermedades curables, como la TB y la intoxicación por plomo. Pedían que el Hospital fuera a la comunidad para luchar contra los problemas. A medio día los miembros de los *Young Lords* conducían una conferencia de prensa para declarar sus objetivos con mucho público. Se trataba sencillamente de establecer un programa médico comunitario de prevención, un centro de atención infantil gratuito para trabajadores y pacientes, un programa de desayunos gratuitos para los niños de la comunidad, clases de educación para la salud para pacientes y trabajadores. Más tarde un ocupante anónimo declaró su lucha de una otra manera: en una sábana escribió “Tomar al hospital para servir al pueblo” y la colgó en la ventana del sexto piso, donde revoloteó sobre la Avenida Bruckner por el resto del día.

El gobierno de la ciudad entendió el reto: la presencia de treinta jóvenes puertorriqueños con boinas en un edificio administrativo y de dormitorios no requería cientos de policías y docenas de patrullas. Al mismo tiempo, sabía que al no responder peligraba el exponerse a ser avergonzados y, más que nada, a incentivar la curiosidad e imaginación pública. ¿Porqué no se hacía algo en contra de la intoxicación por

plomo? ¿Por qué es el índice de TB cuatro veces más alto en el sur del Bronx que en Manhattan? El gobierno de la ciudad prefería no tener que responder a este tipo de preguntas. Finalmente, la presencia de los *Lords* era una confrontación territorial: si podían hacer valer su derecho a estar presentes como un grupo de la comunidad en una institución de su elección: ¿A dónde no podrían ir? ¿Qué función de la ciudad permanecería a salvo de ser cuestionada? ¿Cuál de las disfunciones escaparía de ser expuesta? La ciudad tenía que hacer algo, y así lo hizo.

A lo largo del día la ciudad “negociaba” con los *Lords* utilizando vagas promesas de establecer algún tipo de centro de cuidados infantiles o alguna clase de medicina preventiva si tan sólo abandonaran las instalaciones, por favor. Los *Lords* dudaban de la sinceridad o la convicción de la ciudad y de la administración del Hospital y resistían. A las cinco de la tarde el Dr. Lacot llamó a una junta de emergencia del equipo médico. Un ciento de nosotros nos agrupamos en la capilla del Hospital, la sala más grande del área no ocupada o, dependiendo de la perspectiva, la parte no liberada. Dos grupos surgieron de la discusión en la junta: el Colectivo y muchos de los internos y residentes que no pertenecían a éste en favor de la toma y el equipo más antiguo -el equipo de atención- en contra de las acciones de los *Lords*. Después de contestar algunas preguntas el Dr. Lacot anunció que había roto negociaciones con los *Lords* y que había solicitado la entrada de la policía en la siguiente media hora para llevar a cabo acciones de “limpieza”. En ese momento, un miembro del Colectivo, en una acción que seguramente tomó al Dr. Lacot por sorpresa saltó y dijo: “Bueno, pues nosotros sabemos de qué lado estamos. Vamos a la Sala de Enfermeras. ¡Ahora!” Dicho esto, casi la mitad de los doctores se levantó, se enfiló hacia la puerta para dirigirse al edificio beligerante, ello sucedió frente al Dr. Lacot, quien perplejo, murmuraba: “Señores, señores. Consideren lo que hacen. Consideren lo que están haciendo.

Piensen en los riesgos que asumen. Señores, señores...”

Una vez fuera del edificio del Hospital empezamos a correr, debió ser una imagen extraña ver una larga fila de doctores vestidos en distintas tonalidades de blanco, corriendo, serpenteando entre los coches estacionados y los obstáculos de los policías para alcanzar la entrada principal de la sala de enfermeras. No estoy seguro porqué corríamos, sentíamos una urgencia de estar con los ocupantes, de compartir su lucha que ahora parecía cierta, de levantarse ante la maquinaria de la policía que

empezaría en cualquier minuto. Una vez que subimos el escalón y entramos al edificio la policía cerró filas, acercándose a dicho edificio, acomodando sus cascos antimotines y acercando camionetas repletas de policías. Un clímax apresurado tuvo lugar en el centro del vestíbulo del edificio en disputa. Casi setenta personas estábamos ahí, la mitad *Lords*, la otra, doctores. Pensábamos que la administración del Hospital y la policía no arriesgarían la posibilidad de publicidad adversa al arrestar y quizá golpear a tal número de doctores que, después de todo, no habían entrado ilegalmente a su propio Hospital. Los *Lords* estaban resueltos, argumentaban que ya habían hecho sus declaraciones y que no tenían caso quedarse en el Hospital y arriesgarse a arrestos masivos y a golpizas. El deshacer los efectos de una confrontación violenta con la policía tomaría meses, por lo tanto, dijeron que ellos se retiraban y nosotros estuvimos de acuerdo.

La pregunta era ¿Cómo? La policía rodeaba completamente la Sala de Enfermeras y se aglutinaba enfrente de cada entrada. Simplemente salir del edificio caminando era un riesgo de ser arrestado y golpeado de todos modos. Decidimos que la mejor manera era que un grupo pequeño saliera a la vez: doctores y *Lords* juntos. Así le hicimos. Fue una sensación extraña salir hombro con hombro junto a una joven puertorriqueña que nunca había visto

antes y nunca volvería ver, a través de las filas de la policía enardecida. Nos insultaban al salir, la llamaron “tetas hispanas”.

El plan funcionó y el edificio fue abandonado sin violencia, aunque después nos enteramos de que tres *Lords* que caminaban hacia una parada de camión fueron después abordados por la policía, conducidos a un callejón y golpeados. De manera inmediata, el edificio fue ocupado y la acción concluida. La vida continuó como si nada al otro día en la Sala de Enfermeras. Por algunas semanas la administración mantuvo un centro de cuidados infantiles en el auditorio para mostrar sus buenas intenciones, pero pronto retiraron su apoyo y lo cerraron. Durante algunos años tiras de cinta en forma de X permanecieron en algunas ventanas de la planta baja del edificio, la única evidencia de la ocupación.

La paz aparente lograda por el desalojo no duró mucho tiempo, al final de julio una joven puertorriqueña, Carmen Rodríguez, fue ingresada en el Servicio de Ginecología para un aborto. La señora Rodríguez era residente del centro de tratamiento para drogas de la colonia, no era ajena al Lincoln. Había sido hospitalizada en servicios médicos dos semanas antes para el tratamiento y diagnóstico de la enfermedad reumática del corazón que padecía, durante esta estancia se descubrió que estaba embarazada y debido a que pensaron que el embarazo y, sobre todo, el parto sería demasiado para su corazón, se recomendó un aborto. En el momento en que fue admitida al servicio de ginecología los internistas no fueron consultados. Por tanto, fue tratada como si se tratara de un aborto de rutina y el ginecólogo, ya sea por descuido o desinterés, realizó un aborto a solución salina, un procedimiento muy cuestionable tratándose de una mujer con problemas de corazón. El peligro era el paso de la solución salina al sistema circulatorio de la paciente, tal evento sería soportado por un corazón normal pero podría ser fatal en el caso de un corazón enfermo, tal como fue. Carmen

Rodríguez murió en el Lincoln cuatro días después del aborto, una tragedia sin excusas bajo ningún estándar.

Al ser admitida en la unidad de cuidados intensivos para su aborto “de rutina” algunos miembros del programa de drogas se mostraron preocupados. Llamaron a un residente del área de psiquiatría que trabajaba en este programa y que conocía bien a la señora Rodríguez. Visitó la unidad, descubrió la situación y la hizo pública, rápidamente se corrió la voz. Aquí había evidencia gráfica de la medicina en el Lincoln, de lo que los *Lords* hablaban, la medicina que rápidamente conoció el colectivo, pronto la historia se hizo famosa en el Hospital. Incluso antes de su muerte, la gente se refería a Carmen como la mujer de cuidados intensivos que había sido “masacrada”. En cambio, la prensa cubrió su muerte de modo lacónico como. “Muerte por aborto reportada por la Ciudad”.

El “Piensa Lincoln” y los *Lords* estaban furiosos, Circularon volantes que describían las circunstancias de la muerte y demandaban que el Departamento de Ginecología y la administración del Hospital se hicieran responsables del “asesinato de Carmen Rodríguez”. El colectivo apoyó estos esfuerzos del grupo comunitario ayudando a documentar los detalles médicos de la muerte y circulando volantes que pedían una explicación.

Después de un tiempo la administración accedió a una junta pública en la que “explicaría” las circunstancias de la muerte de Carmen Rodríguez. Actuó frente a un auditorio repleto de gente enardecida de la comunidad. Esta junta fue única en los anales americanos de medicina. Desde luego, fue uno de los eventos más extraordinarios durante mi estancia en el Lincoln. Nunca he visto, ni escuchado, de una junta que convoque al equipo de un hospital para explicar las circunstancias de un caso médico complicado a un grupo de legos y que acepte su cuestionamiento. Hay un sinfín de

ejemplos de padres de familia que vigilan las acciones de maestros y numerosos casos de civiles que examinan las acciones de policías, pero no conozco ningún otro caso de un cuestionamiento comunitario a médicos en cargos públicos. Desafortunadamente, los eventos que condujeron a la junta fueron enardecientes y la comunidad arribó con una actitud muy poco desapasionada. Sin embargo, el hecho mismo de la realización de la junta constituye, en sí, un evento importante. Fue un ejemplo problemático, inclusive tortuoso, de control comunitario sobre los servicios médicos. Por lo menos, fue una instancia real y significativa de médicos convocados a rendir cuentas por un grupo de gente de la comunidad. La agenda no fluyó fácilmente, pero el hecho de la reunión de ambas partes se alzó como una victoria de la participación comunitaria en el Hospital.

Por un lado, como broma, por otro, de modo sincero, llamamos a esta sesión la primera “Conferencia Clínico-Patológica del Pueblo”. Tal como en una escuela de medicina tradicional, donde un caso difícil que resultó en muerte es presentado, discutido y analizado, los representantes del Departamento de Medicina y Obstetricia describieron el para entonces conocido caso de Carmen Rodríguez. De manera poco convincente y a modo defensivo, un número de médicos de alto nivel, entre ellos el director del Departamento de Obstetricia y Ginecología, trataron de vender la posición de que la muerte de la Señora Rodríguez fue infortunada, pero razonable y médicamente aceptable. Los representantes de la comunidad estaban enojados y bien aconsejados por varios miembros del Colectivo. Estaban familiarizados con los detalles médicos del caso y conocían las opciones médicas. ¿Porqué se había elegido un aborto por inducción salina en una mujer con clara enfermedad cardiaca? preguntaron. ¿Por qué no estaba su expediente médico al alcance del doctor que realizó el aborto? ¿Cómo es posible, cuestionaron, que el médico que la atendió primero cuando sus pulmones se

empezaron a llenar de agua salada no escuchó su corazón, sino que asumiendo que tenía asma inició un tratamiento inapropiado y dañino?

Las respuestas a estos cuestionamientos fueron titubeantes y claramente inaceptables para el auditorio. Representantes de los *Lords* y el “Piensa Lincoln” argumentaron que Carmen Rodríguez fue asesinada por el sistema. No acusaron de incompetencia o malicia a los doctores que realizaron el aborto, sino insistieron que un sistema decente con responsabilidad para el paciente y cobertura continua hubiera prevenido esta muerte sin sentido. Lo llamaron “asesinato sistemático” cometido por un sistema malicioso. Por eso, demandaron, no la renuncia del doctor que realizó el aborto, sino la salida del director del Departamento de Obstetricia y Ginecología, dado que lo responsabilizaron a él de todo el programa. Argumentaron que con su salario de \$52,000 por año y su rango como profesor de tiempo completo en la escuela de medicina, la ciudad y su gente merecía más de él. Además, convocaron al establecimiento de una junta comunitaria y de trabajadores para revisar e implementar las políticas y procedimientos del departamento. Finalmente, solicitaron la apertura de una clínica de abortos que fuera llamada “Carmen Rodríguez”.

Sensibles a la inestabilidad de la situación, la administración del Hospital se mantuvo esquivada durante y después de la junta. No podían rechazar de golpe los cambios, ni tenían la intención de acceder a estas básicas y cuestionantes demandas elaboradas por los *Lords* y el “Piensa Lincoln”. Poco tiempo después de la junta, una delegación de gente de la comunidad, que incluía a varios miembros del Colectivo, fue a la oficina del director de obstetricia para seguir su petición de renuncia. Una larga sesión siguió a esto, el doctor sonaba a veces conciliatorio, otras desdeñoso y despreciativo. Al final de la junta un grupo de gente enardecida, muchos del “Piensa Lincoln” lo siguieron hasta el estacionamiento y con los

puños en alto le pidieron que nunca regresara al Hospital, él hizo saber que no pretendía regresar. Como resultado, los residentes del Departamento de Obstetricia y Ginecología, todos en rotación del Jacobi-Einstein, dieron de alta a cuantos pacientes pudieron, se negaron a admitir más y abandonaron el Hospital. La razón declarada fue que su salida era un acto de apoyo a su director y una protesta en contra de lo que denominaron “intimidación”. Durante tres días el servicio funcionó en una situación de crisis, mientras continuaban las negociaciones con el equipo de ginecología y obstetricia, finalmente, regresaron con un nuevo director interino del departamento.

Poco tiempo después, la administración del Hospital, actuando en conjunto con la Corporación de Salud y Hospitales (la nueva agencia de la ciudad que suplantó al Departamento de Hospitales en julio de 1970), obtuvo un requerimiento judicial en contra de cualquier actividad política subsiguiente en el Hospital. Se decidió cotar a los líderes del “Piensa Lincoln” y de los *Young Lords*, así como a cualquiera que la administración del Hospital decidiera, el requerimiento legal sería puesto en marcha por medio del arresto. La policía estaba otra vez presente el día en que el requerimiento se hizo cumplir, los activistas vieron cómo eran desmanteladas las mesas de quejas, por el momento, su campaña estaba desarmada.

Mientras los miembros del “Piensa Lincoln” y los *Lords* continuaron su programa en las calles, repartiendo volantes y organizando demostraciones, otra batalla se llevaba a cabo. Un estimado de 10% de la población de adultos jóvenes del sur del Bronx usa drogas duras. El Hospital Lincoln no ofrecía ningún programa contra las adicciones, ni para cualquiera de sus complicaciones médicas. La sobredosis, hepatitis, infecciones y demás eran atendidas en la sala de emergencias, pero ningún departamento trabajaba para la desintoxicación o con programas educativos. En ese contexto,

un grupo de adictos de varios grupos de la comunidad se reunieron para demandar que el Lincoln brindara algún tipo de programa contra las drogas. Por un lado, la administración accedió a las demandas y, por otro, se rehusó a destinar recursos y espacio para el programa. El grupo, ahora conocido como La Coalición de Drogas del sur del Bronx, respondió ocupando la sala de enfermeras en el sexto piso. El Colectivo colaboró dando sus llaves de los cubículos que ocupaban en ese piso, esta vez la Ciudad no perdió tiempo, de modo predecible, llegó la policía y arrestó a quince miembros de la Coalición y persiguió a los demás. Cuando regresé a mi cubículo al día siguiente encontré un comentario bastante articulado sobre la protesta: nuestras pertenencias no habían sido tocadas, la cama estaba deshecha y en el lavabo había vómito seco: testimonio del apuro del adicto. Después de esta confrontación y otras

agitaciones, el Hospital destinó el auditorio de la sala de enfermeras al programa contra las drogas. Algún tiempo después se obtuvieron fondos federales para el establecimiento de un programa de desintoxicación por metadona.

Si estos eventos de julio y agosto del 70 no resultaron en la victoria de los grupos de la comunidad que tomaron el Hospital, por lo menos le hicieron saber a la Ciudad y a la escuela de medicina de la existencia de una comunidad enardecida, dispuesta a cambiar las condiciones del Lincoln. En este periodo llega el Colectivo al Lincoln y empieza sus funciones médicas y políticas. Durante los meses de insurgencia el Colectivo fue visto como fuente de problemas, comunismo, porras y esperanza en el Lincoln, en realidad el Colectivo nunca fue esto.

